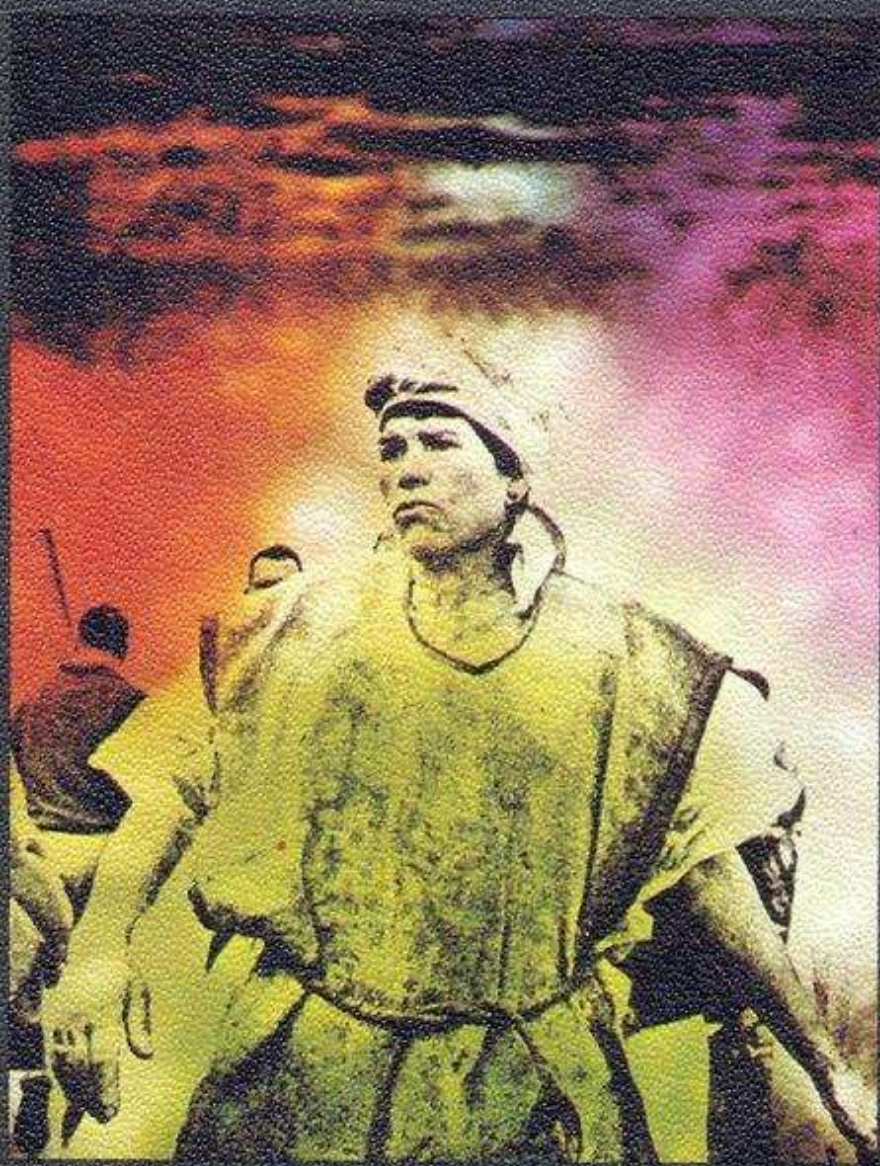


**TRABAJOS DUROS
DE LA MUJER**

eliseo bayo



TESTIGOS DE ESPAÑA

TRABAJOS DUROS DE LA MUJER

eliseo bayo

© 1976, Eliseo Bayo

Editado por
PLAZA & JANÉS, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain
Impreso en España
ISBN: 84-01-81132-5
Depósito Legal: B. 2.962 - 1976

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

TESTIGOS DE ESPAÑA

le a sangre y excremento de las bestias. También María, como las picapedreras, se toma en ayunas varias copas de cazalla y en la mitad de la jornada se mueve como un muñeco grotesco, con los ojos y los tobillos hinchados, resoplando con los pulmones rotos. Se diría que las vísceras aumentan de peso con el transcurso de la jornada y que los hígados y los pulmones, los bronquios y los corazones y los intestinos que hay que vaciar en el canalillo del desagüe, empiezan a vivir y a rebelarse en sus brazos. Hay que estar permanentemente de pie, corriendo de un lado a otro, transportando los cestos llenos de despojos y dejándolos listos para que las revendedoras los recojan y los desparramen por los mercados de la ciudad.

Junto a ellas están las que se encargan de limpiar las vísceras, de hervir las lenguas de ternera, las patas de cordero y de cerdo, las orejas y los morros, las que saben preparar los testículos de toro separando las pieles y dejando a la vista el depósito de la fecundidad animal.

En las grandes calderas se cuecen quilos y quilos de toda suerte de extremidades, en un clima apesotoso, salobre y lleno de vapor; el sabor concentrado se escapa de las gigantescas ollas inundando con su aroma los pulmones de las mujeres.

«Al principio cuesta acostumbrarse a esto, la jornada se hace interminable y sientes unos deseos incontenibles de vomitar hasta que piensas que así ha de ser durante el resto de tus días y que en resumidas cuentas este trabajo es tan malo como cualquier otro.»

«ARRENEGA CON FORZA»

Desde la una y media hasta las seis de la madrugada, docenas de mujeres entran en las lonjas para participar en las subastas de pescado. Se calzan las zuecas y arrastran los pesados carrromatos; trabajar contra reloj porque hay que despachar la mercancía en un tiempo determinado, lavando y desviscerando el pescado y llevando a la cabeza cajas de cuarenta quilos de peso.

La mujer, que sabe que sus hombres —marido e hijos— liarán un día el petate y se marcharán a otras tierras, vive con desilusión. Siempre ha sido así, ¿no? Los hombres han tenido que marcharse a

pesar del apego que sienten por su tierra. ¿Es que no es proverbial la nostalgia que invade a los gallegos cuando están fuera de su mágica tierra? Para la mayoría de ellas no existe otra tierra de promisión que la que pisan cada día, con la certidumbre de que así será por siempre. Desde niñas han sido preparadas para convertirse en rehenes. En Mesón del Viento, una aldea situada a pocos quilómetros de La Coruña, paré para recoger a una vieja que hacía señales al borde de la carretera. Tenía setenta años y una gran sabiduría conquistada gramo a gramo, a golpes con la existencia. «Mire, yo vivía en la venta y no conocí la ciudad hasta los veinte años, cuando fui a acompañar a mi padre al hospital; pasé una semana al lado de la cama y no vi la calle hasta que salimos para regresar a casa. De niña, le dije a mi padre: "Yo quiero ir a la escuela." Y él contestóme: "Tú no irás a la escuela, sino tu hermano." A mi hermano no le gustaba la escuela y el mío padre díjole que aunque tuviera que astillarle los huesos aprendería una carrera. Teníamos tierras y muchas vacas y un criado, pero yo iba al campo todos los días. El rapaz marchóse de casa y fuese a las Américas. Nunca más supimos nada de él, aunque escribimos a todas partes y pusimos anuncios en todos los periódicos de allá. Yo cogí sus cuadernos y empecé a dibujar las letras, sin saber, claro, lo que significaban. Marchéme a donde la maestra, sin que mi madre lo supiera y le pedí que me enseñara. No quiso, porque decía que yo no debía desobedecer al viejo. Yo insistíle una y otra vez. Y bajaba del monte sólo para hablar con ella. Al final, se decidió a enseñarme y tomélo con tanta afición que por la noche me iba a la cuadra, donde siempre había un candil de aceite encendido, y me pasaba las horas leyendo.»

El hombre se siente empujado a la emigración por factores externos, porque el vecino lo hizo y porque las circunstancias le obligan a marcharse. La mujer gallega es una solitaria en el campo. Hay comarcas donde prácticamente el hombre no existe. Sólo la mujer, y la vaca a quien se ha levantado un monumento en Vigo. Y pienso que deberían haber erigido otro en honor a la mujer gallega, que es, en definitiva, la que ha tirado del carro. Su historia ha sido escrita en unas breves estrofas, llenas de fuerza y de desgarró, por el poeta de Lugo, también emigrado a Barcelona, Manuel Rodríguez López (1). El poema se titula *Arrenega con forza, muller galega*.

(1) «Poemas populares galegos», editado por Ediciones Celta, de Lugo.

Arrenega con forza,
muller galega.
Espreita o mundo ruín cheu de inxusticia
que te arrodea.

Esgana os ladroeiros.
Se te agilloan, berra.

Os feixes de outonizo os teus cabelos
triparon dende nena.

O toxo arrabuñou
a tua branca perna.

Enlixáchelas maus
no estrume da esterqueira
i os teus cuadrís, dende meniña, anicranse
para acadar o froito desta terra.

Casaches cun escravo
décheslle o teu amor i a sua veira
removendo terrós, criando pequenos
xa chegaches a vella.

Hai leis no mundo?
E certo que unha luz no ceu latexa?
Cándo alumará nistes peitos ermos
isa candea?

A probe Rosalía fai cen anos
con amor acendeuna;
mais a negrura
é pecha.

O seu brillo aduviñase;
pero non queima.

Arrenega ben forte!
Rompe as cadeas!

*Camiñaron teus fillos pro extraxeiro
e, co teu home, vello e ti xa vella,
namentras iles loitan polos sábados,
no barrelo arrolades unha neta...*

*Embázanseme os ollos,
muller galega!*

*Cada enruga, un degaro.
Cada caña, unha pena.
Os ollos, de chorar,
afundidos na testa...*

*De Rosalía a luz
por qué non queima?*

*Maldice o mundo ruín cheu de inxusticial
Rompe, rompe as cadeas!*

LAS CONSERVERAS DE VIGO

Vigo es una de las ciudades que ha dado un salto adelante más espectacular. A mediados del siglo pasado contaba con cinco mil habitantes y hoy rebasa ya los doscientos mil. Situada enfrente de Nueva York, se la conoce también por el sobrenombre de «la Barcelona del Atlántico». Catalanes fueron los primeros industriales que se establecieron en Vigo a principios de siglo y supieron darle un talante laborioso y comercial. La influencia británica —por los constantes intercambios con Inglaterra— vino a determinar, además, el carácter de esta ciudad del extremo occidental de la Península que no es capital de provincia política, pero sí económica.

La industria básica es la conservera. Sus productos se irradian por todo el país y traspasan las fronteras. Una cadena de miles de mujeres que han encontrado en esta actividad su fuente de subsistencia trabaja en las factorías de manipulación del pescado. Desde que se establecieron las industrias, la mano de obra femenina se ha reclutado en unas condiciones similares a las que rigen en las fábricas textiles. Trabajadoras sin especializar, tomadas y re-